

MEGAN MAXWELL

*Hola,
¿te acuerdas
de mí?*



*Hola,
¿te acuerdas de mí?*

Megan Maxwell



España, 7 de diciembre de 1960

Eran cerca de las nueve de la noche y la estación de tren de Príncipe Pío de Madrid era un hervidero de personas.

Gentes de distintas partes de España se habían reunido allí para subir a un tren que los llevaría a un nuevo presente, dispuestos a mejorar su pasado y a labrarse un futuro.

Familias enteras se despedían con los ojos llenos de lágrimas. El país no pasaba por un buen momento económico y eran muchos los que debían emigrar al extranjero para que sus seres queridos pudieran tener, al menos, un plato de comida al día y vivir con dignidad.

Entre todas aquellas personas estaba don Miguel Rodríguez despidiendo a dos de sus hijas, a pesar de ser un director de banco al que no le faltaba un plato de comida en la mesa. Por suerte para ellos, no sufrían las carencias de muchos otros de los que estaban allí, pero las chicas querían buscar un trabajo en Alemania.

—Escúchenme un segundo, Lolita y Carmencita —dijo don Miguel muy serio—. Sé que son juiciosas, pero necesito que me prometan que van a tener mucho cuidado y que se van a apoyar la una en la otra para todo, ¿entendido?

—Sí, papá. Ya te lo hemos prometido. —Carmen sonrió al escucharlo.

—Te lo prometemos, papá —insistió Loli.

—Y tú —le dijo el hombre a Carmen con seriedad—, sé que siempre te ha dado igual lo que piense la gente, pero haz el favor de controlar ese carácter endiablado que tienes. Allí no estaré yo para...

—Tranquilo, papá —lo cortó Loli—. Ya la pondré yo en vereda.

Carmen, al escuchar a su hermana mayor, le dio un golpe con la cadera y, divertida, respondió:

—Ten cuidado, no te ponga yo a ti.

Don Miguel sonrió a su ocurrente hija.

Tenía seis maravillosos hijos: cinco chicas y un varón. ¡Una bendición de Dios!, como decía su mujer. Pero también era consciente de lo diferentes que eran todos, y a Carmen, aunque responsable, nunca le había importado lo que la gente pensara de su carácter rebelde y contestón.

Sin perder el porte serio que su trabajo le exigía, don Miguel miró a sus hijas. Todavía no entendía cómo se había dejado convencer por aquellas dos para dejarlas marchar. Las iba a extrañar muchísimo y, perdiendo durante unos segundos su aparente frialdad, abrió los brazos y dijo:

—Denme otro abrazo. Ya las extraño y aún no se han ido.

Encantadas, las jóvenes se tiraron a los brazos de su padre. Era cariñoso con ellas, a pesar de que en público siempre se mostraba serio y distante. Como él decía, había que ser consecuente cada segundo del día para mantener un equilibrio en la vida.

Terminado el abrazo, don Miguel se metió la mano en el bolsillo del abrigo y, tendiéndoles a las chicas dos cajitas, murmuró:

—Aquí tienen caramelos para que les endulcen el viaje. Sé lo mucho que os gustan.

—¡Gracias, papá!

—Mmmm... ¡de La Violeta! Gracias, papá. —Carmen sonrió al ver aquellos caramelos de esencia de violeta que tanto le gustaban.

En ese instante, por los altavoces de la estación anunciaron que los pasajeros con destino a Hendaya debían subir al tren, que iba a salir en un minuto.

Nerviosa, Loli le dio a su padre un rápido beso y subió, mientras Carmen, con la emoción reflejada en la cara, volvió a abrazarlo y murmuró:

—No te preocupes por nada, papá. Dale un beso fuerte a mamá y a los hermanos.

—Llaman a casa de Manolita en cuanto puedan, para que sepamos que han llegado bien. Y recuerda, anoche anotaste en tu diario el teléfono de donde trabaja tu prima Adela y su marido en Bremen, para lo que necesiten.

Ella asintió. Su diario siempre iba con ella y, con una sonrisa, dijo:

—Claro que sí, papá. No lo dudes.

«Hola, ¿te acuerdas de mí?»

Sin soltarle la mano, don Miguel insistió en mirar a su bonita y morena hija de pelo corto.

—No olviden que su casa está aquí y que sus puertas siempre estarán abiertas para recibirlas.

Emocionada, la joven lo volvió a abrazar y murmuró:

—Lo sé, papá. Lo sé.

—Vamos, Mari Carmen, ¡sube de una santa vez! —la apremió Loli, asomándose a una ventana del vagón.

Don Miguel soltó a su hija, que subió junto a su hermana. Pocos instantes después, el tren comenzó a moverse y ellas, asomadas, le dijeron adiós a su padre.

—Tomen. Para que vayan entretenidas un rato con su lectura —dijo éste mientras les tendía el periódico *ABC* que llevaba en las manos.

Carmen lo tomó. Su padre sabía que a ella le gustaba leer las noticias.

—Recuerden. Siempre estaré aquí para ustedes. Siempre —insistió él, caminando junto al tren y levantando la voz.

Las hermanas sonrieron y asintieron.

Don Miguel no supo si lo habían oído o no y, con el corazón roto, vio cómo dos de sus niñas, aquellas pequeñas a las que había visto hacerse unas mujercitas, se marchaban de su lado para comenzar una nueva vida.

Una vez perdieron de vista a su padre, las jóvenes se sentaron en los duros asientos y, mirando a su hermana, Loli le tomó la mano y dijo:

—Alemania, ¡allá vamos!

Ambas sonrieron a pesar de la emoción de la despedida, y una vez se hubieron repuesto, Carmen leyó la tapa del periódico que su padre le había dado y comentó:

—Mira, Fabiola de Mora y Aragón también se marcha de España para casarse con Balduino de Bélgica.

Las hermanas se entretuvieron leyendo el artículo sobre aquella aristócrata española. Siguieron después con los anuncios de los frigoríficos americanos Kelvinator, y terminaron suspirando por no poder asistir al Cine Coliseum para el estreno de la película *Navidades en junio*, del apuestísimo Alberto Closas.

—Tendríamos que dormir un rato. ¿Nos comemos antes los sándwiches que nos ha preparado mamá? —sugirió Loli.

—Bien, yo no tengo mucha hambre, pero con el estómago vacío tampoco conseguiré dormir —dijo Carmen.

Después de cenar, las horas pasaron y entre el traqueteo del tren y las voces de gente cantando, la joven Carmen no podía conciliar el sueño.

Con cariño, miró a su derecha. Sobre su hombro y durmiendo como un lirón descansaba su hermana Loli. Una morena muy linda, dos años mayor que ella, que tenía la suerte de que el ruido no la molestara y que era capaz de dormirse en cualquier lado.

Con cuidado, Carmen sacó su diario de la cartera y lo abrió. Era un cuaderno que siempre la acompañaba y en el que le gustaba escribir lo que pensaba. Tomó un bolígrafo y anotó:

7 de diciembre de 1960

Loli y yo vamos en el tren en dirección a Hendaya y, como era de esperar, ella ya está durmiendo como un tronco. ¿Cómo se puede dormir en cualquier lado?

Tengo ganas de llegar a Alemania. Todavía no me puedo creer que esté sentada en este tren.

Estoy contenta y triste a la vez. Despedirme de la familia ha sido más duro de lo que yo esperaba, en especial por papá. Su mirada llena de temores me ha tocado el corazón, porque sé que en el fondo él no quería que nos marcháramos. ¿Seré una mala hija por irme?

Sólo espero llegar a Alemania y hacerle ver que sus miedos eran infundados y que todo va a ir mejor que bien.

Entre el cansancio y las emociones del viaje, finalmente se durmió con el diario entre las manos.

Horas más tarde, Carmen se despertó. Ya era de día. Con una sonrisa, cerró su libreta y suspiró.

Habían pasado casi doce horas desde que salieron de Madrid, y allí estaban ellas, con las faldas escocesas por debajo de las rodillas que les había hecho mamá, sus zapatos nuevos de suela de tocino y sus suéteres grises de punto, rumbo a Alemania.

☞ *Hola, ¿te acuerdas de mí?* ☞

Su prima Adela había partido meses atrás a Bremen, y, aunque Carmen había oído que a otros emigrantes las cosas no les habían ido bien en Alemania, a ella y a su marido no les podían ir mejor y por eso las animaron a que también viajaran allí, tras haberles conseguido trabajo en la Siemens de Núremberg.

Carmen abrió su cartera para guardar su libreta y, al ver los caramelos de La Violeta, sonrió. Su padre, siempre que pasaba por la plaza de Canalejas de Madrid, compraba aquellos genuinos caramelos para sus hijos. ¡Eran tan ricos!

Tras meterse uno en la boca y explosionar la esencia de violeta en su interior, sacó su pasaporte de la cartera y lo miró.

«Qué peinado», pensó al ver su foto.

Recordó la conversación que había mantenido con su padre sobre aquel viaje. Sus consejos, sus miedos y sus preocupaciones, y sonrió al recordar el día en que las acompañó a sacarse el pasaporte. Con veintidós años Loli era mayor de edad, pero Carmen sólo tenía veinte y necesitaba su autorización para hacerlo.

Sumida en sus pensamientos al separarse de su familia y de la ciudad que conocía, miró por la ventana mientras las voces de gente que cantaba la hacían tararear *Adiós a España*,* y un nudo de emoción se le atragantó en la garganta al pensar en cómo metro a metro, kilómetro a kilómetro, instante a instante, se iba alejando de su hogar.

La invadían un montón de sentimientos contradictorios, mientras varias personas acompañaban al hombre que en el compartimento de al lado cantaba aquella bonita canción de Antonio Molina. Tan pronto como ésta terminó, reprimió las lágrimas con disimulo justo cuando su hermana se despertaba.

—¿Qué te pasa? ¿No has dormido nada? —le preguntó.

Carmen asintió con la cabeza, pero no pudo decir nada. No podía. Si lo hacía, lloraría, y Loli cuchicheó divertida:

—¡Qué tonta el bolo eres!

Esa expresión tan de Toledo, lugar donde vivieron varios años antes de mudarse a Madrid, las hizo reír y Carmen, cerrando los ojos, murmuró:

—Anda y duérmete otra vez.

* *Adiós a España*, Marina Music Publishing, S.L., interpretada por Antonio Molina. (N. de la E.)

Ambas hermanas se apoyaron de nuevo la una en la otra, pero cuando más cómodas estaban, el tren paró bruscamente.

—Vamos... vamos, Manolito —apremió una mujer del compartimento a su hijo—. Toma la maleta y el botijo, que hay que bajarse. Hemos llegado a Hendaya.

Sin tiempo que perder, Carmen despertó a su hermana:

—Loli, ya hemos salido de España.

Carmen y Loli se miraron y, emocionadas, se tomaron de la mano. A veces habían oído hablar a los más viejos del sentimiento de pena y tristeza que tenías al abandonar tu tierra y tus raíces, y en ese momento, ellas, unas jóvenes veinteañeras, lo estaban teniendo.

Sin tiempo que perder, las dos jóvenes tomaron sus maletas de cartón y bajaron del tren tras aquella mujer. Agarradas del brazo y sin separarse, como les habían prometido a sus padres, siguieron a la enorme multitud. De pronto, un hombre pasó por su lado y las empujó. Loli casi se cayó y Carmen, al ver aquello, gritó:

—¡Eh, tú, atontado! A ver si miras por dónde pisas.

—¡Mari Carmen! Recuerda lo que te ha dicho papá —gruñó Loli, al ver que el hombre las miraba con gesto serio.

Su hermana, sin importarle la mirada de él, la miró y suspiró:

—Bien... bien... Tienes razón.

Olvidado el incidente, se informaron de la vía por la que salía el siguiente tren. Aún quedaban unas horas y los encargados de los emigrantes, para mantener al grupo de españoles que viajaba a Alemania unido, los hicieron entrar en un comedor, donde les ofrecieron un caldo humeante que les calentó el cuerpo y el corazón.

El buen humor reinaba en la sala, y como era 8 de diciembre, la fecha en que en aquella época se celebraba el día de la Madre, felicitaron a todas las madres que allí había.

Una vez terminaron de comer, gentes de Andalucía, de Extremadura, de Castilla y de otras partes de España hablaban entre sí como si fueran una gran familia y, para matar el tiempo y las penas, empezaron a cantar, entre risas y aplausos, la canción *Francisco Alegre*,* de la grandísima Juanita Reina.

* *Francisco Alegre*, NS, interpretada por Juanita Reina. (N. de la E.)

«Hola, ¿te acuerdas de mí?»

—¡Que frío hace! —se lamentó Carmen tiritando.

—¡*Muchísimo!* Hace *muchísimo* frío —respondió una voz detrás de ellas.

Carmen y Loli se dieron la vuelta y se encontraron con una joven de pelo claro, chaqueta de punto negra y ojillos vivarachos, que les preguntó:

—¿Van a Núremberg? —Las hermanas asintieron y ella, contenta, dijo—: Ay, qué ilusión. ¡Yo también!

Carmen miró a la muchacha que tenían delante y le preguntó:

—¿Vas contratada por la Siemens? —Ella asintió y Carmen dijo—: ¡Nosotras también!

La desconocida se echó a sus brazos, las besuqueó haciéndolas sonreír y, cuando se separó de ellas, preguntó:

—¿Me puedo sentar con ustedes?

—Claro, mujer —afirmó Loli, encantada.

—Ay, qué ilusión ¡qué ilusión! —repetía—. Ya me veía viajando yo sola hasta esas tierras sin hablar con nadie y muerta de aburrimiento, pero cuando las he visto, he pensado: «Esas muchachas parecen *bonicas* y agradables». Y sí, ¡he acertado!

Las hermanas se echaron a un lado para que la joven se sentara junto a ellas. Se llamaba Teresa y, como acababa de contarles, viajaba sola. Se había criado en un hospicio regentado por monjas, en un pueblo de Albacete, e iba a Alemania en busca de un futuro más prometedor del que tenía en España.

Teresa hablaba mucho, ¡no paraba! Loli y Carmen se miraron y les entró la risa, pero rápidamente se dieron cuenta de que aquella joven era todo bondad. Se le notaba en los ojos y en la manera tan particular que tenía de expresarse.

—Como les decía, mi padre murió porque una gorrina lo *esnucó* de un mal golpe contra la puerta de la porqueriza y mi madre, al poco de nacer yo, se fue tras él de un cólico miserere. Según las monjas que me han criado en el hospicio, eso les explicó una mujer que me llevó hasta ellas, y claro, yo me lo creo. ¿Por qué tendría que desconfiar, verdad? —finalizó.

Loli y Carmen, impresionadas por su verborrea, asintieron y la abrazaron. No podían hacer otra cosa.

Las risas eran cada vez más contagiosas, hasta que de pronto, por los

altavoces anunciaron que debían subir al tren estacionado en la vía uno con destino a París, donde volverían a cambiar de tren.

Las tres jóvenes pasaron el control de pasaportes y, cargadas con sus maletas, se encaminaron hacia el vagón que les correspondía y acomodaron su equipaje con la ayuda de unos muchachos que habían conocido en el comedor. Por fin se sentaron en los incómodos asientos de madera y se miraron sonriéndose.

El viaje era largo y agotador, pero el calor humano de todos los que allí estaban lo hacía más llevadero y, cuando el tren se puso en marcha, un silencio sepulcral se hizo en todo el vagón.

Atrás quedaba finalmente su tierra, su patria y su familia, y de pronto un hombre, el más cantarín de todos, se arrancó con *El emigrante*,* de Juanito Valderrama, y todos se conmovieron al sentirse identificados.

—Ay, chicas, ¡qué tristeza! —murmuró Carmen.

Loli, como la mayor de las tres, pensó que debía ser fuerte y, guiñándoles un ojo, murmuró:

—Algún día regresaremos, y muchísimo mejor de como nos marchamos.

En ese instante, Carmen miró a su hermana y, al ver sus ojos acuosos, le preguntó sonriendo:

—¿Quién es la tonta el bolo ahora?

Para no llorar, Loli contestó:

—Vamos, toma un poco de agua.

—Ay, ¡qué *bonica* eres! —Teresa sonrió.

Con la mano temblorosa, Carmen agarró el botijo blanquecino con un chorrito de anís, propiedad de una pasajera, que su hermana le tendía. No sabía qué le ocurría. Estaba contenta por aquel viaje, nadie la había obligado a emprenderlo, pero al escuchar la letra de aquella canción, se dio cuenta de que aunque su cuerpo anhelaba llegar a su destino, su corazón se había quedado en España.

Una vez terminada la canción, todos los españoles que había en el vagón aplaudieron y, tras los aplausos, un silencio general los animó a descansar.

* *El emigrante*, DISCMEDI, S. A., interpretada por Juanito Valderrama. (N. de la E.)

«Hola, ¿te acuerdas de mí?»

Cuando por fin el tren llegó a la estación de París, un hombre que sostenía un cartel con la palabra NÚREMBERG los llevó hasta unos autobuses. Cruzaron aquella emblemática ciudad hasta llegar a otra estación, donde abordaron el tren que los llevaría definitivamente hasta su destino: Alemania.

Tras otra larga noche de viaje, un frío polar les dio la bienvenida en la estación de Núremberg. Todo estaba nevado y la temperatura era tremendamente baja.

—Madre mía —cuchicheó Loli—. Aquí hace más frío que en Navarra.

—¡*Muchísimo!* —afirmó Teresa.

—Ya te digo —asintió Carmen, a la que le castañeteaban los dientes.

De nuevo un hombre, esta vez con el cartel de SIEMENS, sacó al grupo de españoles de la estación central y, con un más que escaso español, los fue nombrando y distribuyendo en autobuses.

Inquietas por estar en un país extranjero, Carmen, Loli y Teresa, junto a otras mujeres, subieron al autobús designado. Aunque estaban terriblemente cansadas, no podían dejar de observar con ojos curiosos cuanto había a su alrededor.

Lo poco que vieron a través de la oscuridad de Núremberg parecía bonito, pero se notaba que, tras la Segunda Guerra Mundial, necesitaba renovarse. El autobús salió de la ciudad e hizo su primera parada. Allí, el que hablaba algo de español nombró a algunas personas y éstas se bajaron porque habían llegado a su destino.

—¿Cómo se llamaba el lugar adonde vamos nosotras? —preguntó Loli.

Carmen, al ver lo que decía en el papel, finalmente se lo mostró a su hermana diciendo:

—El nombrecito se las trae.

Ambas rieron. El idioma alemán era una locura.

Poco después, al entrar en un pueblo, Carmen se fijó en un letrero donde decía las mismas letras que en el papel que ella tenía, BÜCHENBACH, y cuchicheó:

—Creo que ya hemos llegado.

El autobús salió del pueblo y se dirigió hacia una casona enorme. Cuando paró y las jóvenes bajaron, Carmen murmuró:

—¡Tengo los pies congelados!

—En mi pueblo dicen: «Hasta el cuarenta de mayo no te quites el sayo, y si estás en Albacete, hasta el cuarenta y siete», aunque aquí seguro que no se lo quitan en todo el año —rio Teresa.

—Menudos sabañones nos van a salir por el frío. Vamos, no se queden quietas —suspiró Loli.

Sin demora, ellas y el resto de las chicas entraron en aquella residencia para señoritas, donde una mujer de aspecto regio y rodete tirante las fue distribuyendo por las habitaciones.

Tomadas del brazo, las hermanas y Teresa llegaron a una habitación donde había ocho literas que rápidamente fueron ocupadas. Tras ir al baño, el cual estaba fuera de la habitación, se acostaron muertas de frío. Necesitaban descansar.

Cuando se levantaron, una vez hubieron deshecho el equipaje, las dos hermanas y Teresa bajaron al salón comunitario, donde, incrédulas, vieron que al fondo había un televisor.

—¡Arrea! Sor Angustias dice que este aparato no es nada bueno y que si lo miras mucho te puedes quedar ciego —cuchicheó Teresa.

Todas rieron y Loli preguntó:

—¿Y podremos ver algún programa español?

—Seguro que sí —afirmó Carmen.

Hablaban de ello encantadas cuando otra joven dijo en un español muy peculiar:

—No se emocionen. Aquí sólo se ven canales alemanes. —Las tres la miraron y, sonriendo, la joven se presentó—: Soy Renata.

Renata era alta, muy alta. Morena, de pelo largo y ondulado, ojos rasgados y oscuros, y vestía de una forma muy moderna. Nada que ver con ellas, que a su lado parecían monjas novicias.

Durante unos segundos, las tres observaron a aquella chica sin hablar, hasta que Carmen se acercó a ella y dijo, también sonriendo:

—Encantada, Renata. ¿De dónde eres?

—Alemana.

—¿Alemana?! —exclamaron las tres al unísono.

—Pero ¿los alemanes no son rubios? —preguntó Carmen.

«Hola, ¿te acuerdas de mí?»

Divertida, ella las miró y aclaró:

—También hay alemanes morenos, como yo. Mi padre era español, concretamente de Murcia, por eso hablo su idioma, aunque no lo sé escribir. ¿Y ustedes de dónde son?

—Ay, *bonica*, ¿de Murcia era tu padre? —aplaudió Teresa—. Pero ¡si somos paisanos entonces, que yo soy de Albacete! Por cierto, me llamo Teresa y estoy encantada de conocerte y...

—Nosotras de Madrid —la cortó Loli—. Somos hermanas y nos llamamos Mari Carmen y Loli.

—Mari Carmen soy yo, pero ¡con Carmen alcanza! —afirmó la morena de pelo corto, con una graciosa sonrisa que Renata le agradeció.

Hablaron durante un rato. Renata, al igual que ellas, trabajaba en la fábrica Siemens y, por circunstancias de la vida, se alojaba en la residencia de señoritas.

Con gusto las puso al día respecto a la residencia. Les mostró la lavandería, las cocinas, donde cada una se preparaba su comida, y el salón del teléfono, un lugar al que en contadas ocasiones se podía acceder debido al costo de la llamada, pero al que ellas irían en cuanto pudieran para llamar a su familia y decirles que habían llegado sanas y salvas a Alemania.

Entre risas, Renata les presentó a otras chicas. Eran de otros países. Rusas, italianas e inglesas. No hablaban el mismo idioma, pero la sonrisa era un buen lenguaje universal y con ella se entendían.

—¡Arrea! Fuma y *to*. Le falta el chato de vino —cuchicheó Teresa al ver que Renata abría la ventana y se encendía un cigarrillo.

Carmen no supo qué decir. Era la primera vez que veía en persona a una mujer fumando. Hasta el momento, sólo había visto hacerlo a las actrices americanas o a Sara Montiel en la película *El último cuplé*.

Loli y Carmen intercambiaron una mirada, pero ninguna dijo nada y Renata, al ver cómo la miraba Teresa, tras dar unas glamorosas caladas a su cigarrillo, lo apagó y, tirándolo a la nieve, comentó:

—No te asustes porque me veas fumando; asústate más bien de los zapatos tan horribles que llevas.

Esa contestación hizo que Carmen soltara una carcajada. Le gustaba Renata.

Teresa no supo qué responder a eso, así que miró a Carmen y murmuró:

—Pues mis zapatos son parecidos a los tuyos y a los de tu hermana.

Teresa tenía razón. Comparar sus zapatos bajos y de cordones con suela de tocino con las botas negras de taco fino que llevaba aquella alemana era como comparar a un español con un americano. ¡Nada que ver!

Sin querer entrar en más debates, Renata les indicó que en la residencia no había horarios. Podían entrar y salir siempre que quisieran, pero que la regla número uno era que a las siete de la tarde había que apagar la radio en las habitaciones y no hacer mucho ruido, para que las otras pudieran dormir. En Alemania se empezaba a trabajar muy temprano.

—¿A qué hora se cena aquí? —preguntó Loli.

—A las seis de la tarde o incluso antes.

—Pero si a esa hora nosotros merendamos —se mofó Carmen.

Renata sonrió. Sin duda, aquellas jóvenes todavía no sabían lo mucho que iban a tener que trabajar y dijo:

—Todo depende de lo cansada que estés y las ganas que tengas de dormir. —Las recién llegadas la miraron y Renata añadió—: Aquí se madurga mucho y el trabajo agota hasta que te acostumbras a él. Lo crean o no, se dormirán a esa hora.

Teresa, que las había estado escuchando en silencio, se dirigió a la alemana y afirmó:

—Ahí te has *meao* fuera. Yo no me acuesto tan temprano.

Divertida por su manera de hablar, que en cierto modo le recordaba algunas cosas que su padre decía, Renata contestó:

—Tiempo al tiempo.

Una vez todo les quedó aclarado, las tres jóvenes se abrigaron bien y decidieron salir a la calle. La nevada era impresionante. Ellas nunca habían visto nada igual. Al salir, Carmen tomó un poco de nieve en la mano y, haciendo una bola, se la tiró a su hermana, que protestó.

—Serás tonta...

Pero cinco minutos después iniciaron una guerra de bolas de nieve a la cual se les unieron las otras chicas que iban saliendo de la residencia, y todas reían mientras jugaban.

Carmen sonrió, encantada con todo lo que la rodeaba. Sin duda, Alemania le iba a cambiar la vida.